
La era de la tolerancia

LA INQUIETANTE CAMISETA SE LA VI a un joven de mirada bovina en el metro de Nueva York. Decía: “La masturbación provoca amnesia... y otros daños que ya no recuerdo”. Junto a él, inmutable una señora bostezaba mientras un anciano intentaba leer el *Times*. Nadie parecía sentirse ofendido. A nadie le importaba el desafiante “graffitti” del orgulloso Onán neoyorquino. Hemos entrado, felizmente, en la era de la tolerancia.

Por lo menos Bill Clinton ha dado un paso significativo en esa dirección: nombrar a una lesbiana al frente de una institución importante. Poco

I TRIMESTRE 1993

antes, como se sabe, había eliminado ciertas barreras que impedían a los homosexuales declarados formar parte de las Fuerzas Armadas.

Por supuesto, es muy fácil hacer una lectura frívola de esos dos episodios y atribuirlos a clientelismo electoral o a secuelas heredadas de las costumbres licenciosas de la generación de los 60 y 70 formada en las comunas “hippies” y en el consumo de estupefacientes. Es muy fácil, incluso, desde los valores de cierta derecha boba de calzoncillo largo y luz apagada, atacar las medidas de Clinton y convertirlas en síntomas de una moral decadente y vacilante.

Pero es un error: Bill Clinton lo que ha hecho es dar paso a la expresión más acabada del modelo democrático actual: la era de la tolerancia. La sociedad occidental más dichosa, próspera y pacífica entra, precisamente, en un estado superior de la conducta cívica caracterizado por la benevolente aceptación de las diferencias que separan a los seres humanos. Y eso es magnífico, pues no es muy distinta la limpieza étnica de los serbios en Sarajevo, basada en un oscuro dato religioso —el islamismo de los bosnios— que la limpieza hormonal que pretenden llevar a cabo quienes privan de sus derechos a las personas que tienen unas preferencias sexuales poco comunes. En esencia es lo mismo discriminar a una persona por el color de su piel, por la lengua que habla, por la forma en que se viste o por las costumbres que posee. Lo que se castiga, lo que se penaliza, es la diferencia. La heterogeneidad, la diversidad.

La tolerancia, en cambio, consiste en aprender a convivir con aquello que no nos gusta. Radica en aceptar humildemente que la naturaleza humana incluye modos de vida y conductas extravagantes que pueden resultar desagradables, pero que no tenemos derecho alguno a tratar de suprimir o modificar.

El primer gran ensayo sobre la tolerancia lo escribió Baruch Spinoza en el siglo XVII, pero no ha sido sino hasta nuestros días cuando esa virtud se ha colocado a la cabeza de la escala de valores presentes en la democracia. Hasta ahora la democracia ha sido un método para conseguir la igualdad (siglo XVIII), la fraternidad (siglo XIX) y la justicia social (siglo XX). Pero en el XXI la democracia será la forma de acceder a la tolerancia, porque es ahí donde radican los fundamentos de la paz, la convivencia civilizada y el camino más corto para conocer la verdad sin paliativos ni disfraces.

Cuando Clinton desafía a la sociedad convencional norteamericana, y coloca a una lesbiana al frente de un gran organismo oficial, o cuando solicita que los homosexuales puedan integrarse en las Fuerzas Armadas, lo que está diciendo es que en la era de la tolerancia no se puede juzgar a una persona por razones adjetivas. Ser homosexual, hablar con un acento diferente, tener más o menos melanina en la piel, orar a un dios, a otro o a ninguno, no son razones que nos permitan juzgar ni la capacidad intelectual ni el valor intrínseco de las personas. Son sólo datos laterales de los que la sociedad tolerante debe prescindir a la hora de establecer sus juicios éticos.

Por supuesto, no siempre ha sido así. Entre los griegos la gran virtud de la república era la adecuación entre las funciones que se desempeñaban

y la autoridad de quien las tenía a su cargo. Era a esto a lo que Platón le llamaba **justicia**. Sin embargo, otros griegos, menos amables, los espartanos, suponían que la medula moral de la sociedad residía en la obediencia militar, la frugalidad y el orden.

Muchos siglos más tarde, la evolución en Occidente llevó a los hombres y mujeres a pensar que sólo se era digno y decente cuando se honraba al monarca. La lealtad al rey y a su estirpe consistía entonces en la mayor de las virtudes. Luego los nacionalistas, en el siglo XIX, llegaron a la extraña conclusión de que el valor supremo de las personas no encarnaba en la lealtad a los soberanos, o a las causas abstractas, sino en la lealtad al Estado en que se vive, a los símbolos —el himno, la bandera, los escudos— y a una particular manera de entender una historia de exaltaciones y mitificaciones que siempre descansaba sobre el mismo *ritornello*: la superioridad de *los nuestros* frente a la de *los malvados otros*.

Afortunadamente hoy la democracia pluralista nos ha llevado por otros rumbos. Vivimos, insisto, en los inicios de la sociedad tolerante. Por ese derrotero andará lo mejor del planeta en el siglo XXI. Y Bill Clinton ha hecho muy bien en encabezar la caravana.

Carlos Alberto Montaner

